

LOVELY ELA

Y LA MALDICIÓN DE LA ACADEMIA DE MAGIA



LOVELY ELA

**Y LA MALDICIÓN
DE LA ACADEMIA DE MAGIA**

The background is a solid purple color. It is decorated with numerous small white stars of varying sizes and shapes, scattered across the entire surface. There are also several larger, stylized white stars with black outlines, some of which are positioned around the central text. A large, white, stylized letter 'I' with a black outline is positioned at the top left of the page, partially overlapping the word 'INDICE'.

INDICE

Prólogo.	
<i>Hace cincuenta años...</i>	10
Capítulo 1.	
<i>Una nueva misión</i>	14
Capítulo 2.	
<i>Spellfheim</i>	30
Capítulo 3.	
<i>Una noche en la enfermería</i>	46
Capítulo 4.	
<i>El árbol dorado</i>	62
Capítulo 5.	
<i>Fantasmas y acertijos</i>	80
Capítulo 6.	
<i>El ataque</i>	98
Capítulo 7.	
<i>La sala secreta</i>	116
Capítulo 8.	
<i>El torneo de Spellfheim</i>	132
Capítulo 9.	
<i>La margarita oráculo</i>	148
Capítulo 10.	
<i>Dioses y lirios</i>	166
Epílogo.	
<i>Peligros futuros</i>	186

Capítulo 1

UNA NUEVA MISIÓN

En la actualidad

—Estoy cansada, Gruñonus. ¿Por qué no seguimos mañana? —dijo Ela observando a su testarudo amigo.

—Hay que ver cómo sois los jóvenes de ahora, solo pensáis en vagar y grabaros haciendo el tonto con los telefonitos esos —refunfuñó—. En mi época los teléfonos se usaban para llamar.

Ela miró a Gruñonus con los ojos muy abiertos y aguantado las ganas de reírse.

—Por suerte para mí estamos en otros tiempos.

— *Venga, chica*, siéntate bien y resuelve el acertijo, solo tienes que unir las primeras sílabas de cada palabra.

—Vale, pero si lo hago habremos acabado por hoy, aún tengo cosas que hacer en el museo.

—Vale, vale —cedió Gruñonus de mala gana.


Ela se concentró en resolver el nuevo acertijo, como había estado haciendo durante meses. En concreto seis, seis meses desde que todo había terminado. Y desde entonces no había hecho más que estudiar objetos antiguos, resolver acertijos y prepararse para lo que fuera que pudiera ocurrir.

Gruñonus se había convertido en su maestro y le enseñaba a resolver y a crear acertijos complejos, a usar palabras claves y encriptar mensajes. Ela había aprendido morse, lenguaje binario y mucho arte e historia que podrían ayudarla en un futuro. Por otro lado, la directora del museo le había enseñado, en sus ratos libres, a cómo moverse entre la gente sin ser detectada, a esconderse para observar sin ser vista y otras habilidades que la

ayudarían a pasar desapercibida siempre que lo necesitara. Ahora Ela era una guardiana de la sabiduría y debía estar preparada.

Después de todo lo que había visto con Evil Ela y el libro encantado, un mundo nuevo se había abierto ante sus ojos, un mundo diferente y desconocido en el que existían la magia y los monstruos, y Ela sentía la necesidad de estar preparada. Quizás si lo hubiera estado la primera vez, nadie hubiera sufrido daños. Ela no permitiría que volviera a pasar.

—*¿Es esta la respuesta?*— preguntó Ela mostrándole a Gruñonus un papel en el que ponía:



EL SE RETO ERA AJO
LAS CALERA.

—¡Por supuesto que no! —se sobresaltó el doctor—. Si necesitabas un descanso solo tenías que decírmelo y no entregarme semejante tontería.

—¡Pero si te lo he dicho!

—¡Pamplinas! Anda, ve a terminar eso que tenías que hacer, a lo mejor vale para despejarte un poco la mente.

Ela lo miró enojada, una sensación que resultaba nueva para ella, pero con la que había aprendido a convivir ahora que Evil Ela y ella estaban unidas. La joven respiró hondo y dijo:

—Estaré en la sala prohibida ordenando las cosas nuevas que han llegado. —Se dio vuelta para marcharse, pero se detuvo—. No te enfades conmigo, Gruñonus, te prometo que lo hago lo mejor que puedo.

Ela llegó a la sala prohibida del museo donde trabajaba tranquila y sin miedo. Aunque ahora había muchas cosas que le daban miedo, que la hacían enojar o querer llorar toda la noche, había aprendido a vivir con ellas y a superarlas, a decirse a sí misma que todo saldría bien, pues no es más valiente el que no tiene miedo, sino el que lucha a pesar de ello.

La puerta se abrió con un chirrido espeluznante y ante ella apareció la enorme sala, oscura, húmeda y llena de estatuas y cuadros tapados con sábanas. Ela respiró hondo y entró. Llevaba meses estudiando los objetos de la sala, pero no aquellos que estaban a simple vista, sino los que estaban escondidos en la sala secreta.

A sus pies apareció Ñoña, que le acarició las piernas. A veces Ela se llevaba a Ñoña al museo para no sentirse tan sola.

—**Hola, preciosa** —saludó Ela mientras le rascaba la cabeza—. Ven conmigo, no quiero estar sola.

Ela avanzó entre estatuas y estanterías repletas de libros viejos hasta llegar a la zona más oscura del lugar. Se acercó a la última estantería, buscó el libro de *Las aventuras de Tom Sawyer* y tiró de él.

La estantería se movió sin apenas hacer ruido o soltar polvo, gracias a que Ela le había echado grasa al mecanismo. De esta manera, nadie sabía que entraba a experimentar con los objetos de su interior. Tras la estantería apareció una antigua puerta bañada en oro.

—¿Qué te parece si utilizamos el colgante de la abuela? —le preguntó a Ñoña.

Con cuidado, Ela introdujo la llave en la cerradura y la abrió. La estancia estaba iluminada por enormes lámparas de hierro con un millón de velas, pues por alguna razón los aparatos modernos no funcionaban en aquel lugar, ni siquiera la linterna del móvil. Por eso, Ela llevaba siempre consigo una libreta donde anotaba todo.





Ñoña entró en la sala tras Ela dando saltitos y se subió a una de las mesas.

—*Te gusta este sitio, ¿verdad?* —dijo la chica dando una vuelta a la estancia. Ya había estudiado muchos objetos, unos con más éxito que otros—. ¿Recuerdas aquel espejo de mano en el que todo el que se miraba lucía como un anciano? Te veías muy graciosa. —Ñoña la miró con cara de pocos amigos, así que Ela continuó—: ¿Y el cofre en el que cualquier objeto que se pusiera dentro aparecía en otro lugar tras cerrarlo? Debajo de tu almohada, en mitad de un pasillo... ¡A veces hasta caía del cielo! Nunca entres ahí, ¿vale?

Pero el objeto preferido de Ela era una bola de cristal que te avisaba cuando alguien venía. Si estabas solo, el humo dentro de la bola mágica permanecía verde; si se acercaba alguien, se tornaba azul. Una vez lo vio convertirse en rojo, pero nunca supo qué significaba, pues no vio a nadie ni escuchó nada.

Ela se acercó al atril donde se encontraba el libro encantado que llevaba varios meses estudiando, y a su lado colocó la bola mágica iluminada en verde.

—*¿Qué te parece* si seguimos hojeando el libro encantado?

Ñoña respondió subiéndose al enorme atril y haciéndose una bolita en la parte superior.

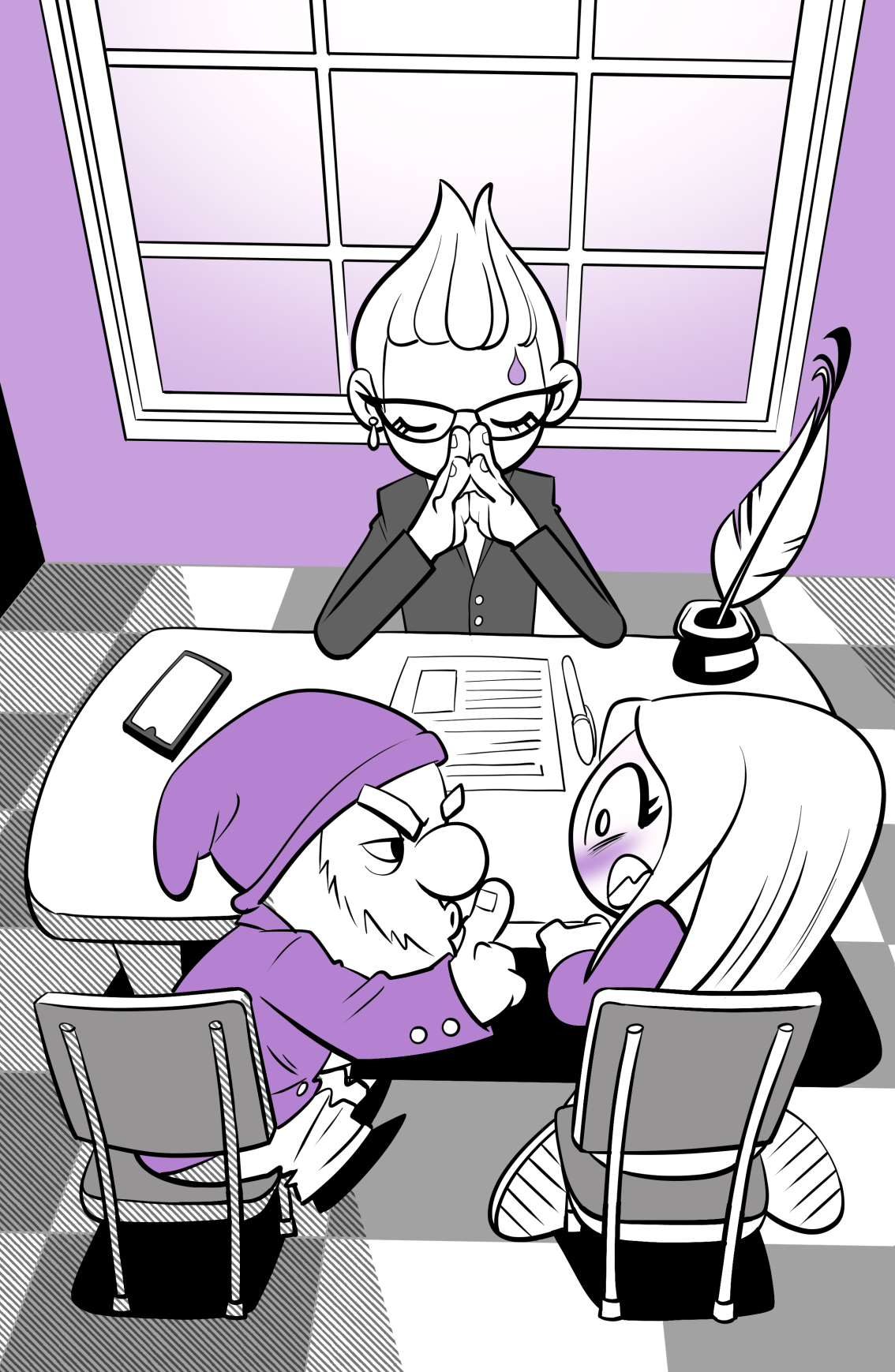
Aunque la mano de Ela hubiera quemado el hechizo que utilizó Evil Ela, lo cierto era que el libro contenía cientos de conjuros más. El que Ela llevaba varios días leyendo era aquel que le había concedido poderes a la llave que llevaba el cuello.

Esa llave no solo era capaz de abrir cualquier cerradura en el mundo real, sino también cerraduras mágicas en mundos extraños o de ensueño, como bien había descubierto en su batalla contra Evil Ela, no había otra llave como esa en el mundo entero. Era antigua y había sido forjada en oro gracias a la alquimia.

Según ponía en el libro, había sido creada por un tal Zósimo de Panópolis, el padre de la alquimia, en el siglo III, pero no fue hasta cinco siglos después que se escribió el libro y la llave obtuvo sus poderes, pero en el libro no ponía dónde estuvo durante todo ese tiempo. Junto a la explicación, se encontraba el hechizo escrito en latín, pero, aunque Ela ya controlaba el idioma gracias a Gruñonus, usaba unas palabras tan rebuscadas que aún no lo entendía del todo.

Ela no dejaba de preguntarse por qué su abuela Nanda le había entregado la llave cuando era pequeña, o de dónde la habría sacado, pero antes de que pudiera darle más vueltas, la bola mágica se iluminó en azul. Ela ya no estaba sola.

Rápidamente cerró el libro, dejó la bola donde estaba y salió de la sala secreta, activó el mismo libro que la había abierto para ce-



rrarla y se escondió tras una estantería. Miró a su alrededor, pero no vio a nadie. Justo cuando empezaba a pensar que quizás la bola se hubiera equivocado, una voz a su lado la sobresaltó.

—Así que aquí estás —dijo la directora, una mujer alta y delgada de enormes gafas y pelo cano—. Llevaba un rato buscándote.

Ela se preguntó cómo había llegado a su lado sin hacer ni un solo ruido y, aún más importante, si la había visto salir de la sala secreta.

—Necesito que me acompañes, ha llegado la hora de tu primera misión.

—*¿En serio?* —A Ela se le iluminó la cara, después de tanto estudiar y prepararse, por fin había llegado el día.

—Así es, sígueme.

Cuando llegaron al despacho de la directora, Gruñonus la estaba esperando allí. La directora se sentó tras su enorme mesa de escritorio plagada de papeles.

—Algo extraño está ocurriendo en el instituto mágico de Spellfheim...

—*¿Ha dicho instituto mágico?* —susurró Ela a Gruñonus sentado a su lado frente a la directora.

—Shh —le chistó este.

—Mi buena amiga, la directora del instituto, me ha pedido ayuda. Varios alumnos han perdido sus poderes de la noche a la mañana, no saben por qué y no existe un patrón. Definitivamente, algo misterioso está ocurriendo en Spellfheim —continuó la directora mirando a Ela, que le devolvió la mirada con los ojos abiertos como platos.

—¿Está diciendo que existe un instituto mágico, con alumnos mágicos? —Ela no daba crédito.

—Así es. Necesitamos infiltrarnos entre los profesores, de eso se encargará Gruñonus, pero también entre los alumnos, y por eso te necesitamos a ti. —La directora miró a Ela con intensidad—. Tu misión será observar e informar, no quiero que te metas en líos. Iría yo misma, pero no creo que los alumnos se vayan a abrir conmigo como lo harían con una de los suyos. Por eso debes infiltrarte entre ellos.



—Deberás informarme de todo lo que encuentres y observes —continuó la directora—, tanto a mí como a Celeste, la directora de Spellheim, pero nadie más debe saber de esta misión. Cuento contigo, no me decepciones.

Ela miró a Gruñonus esperando la misma expresión sorprendida que debía tener ella en su rostro, pero solo encontró su cara de enfado habitual.

—Te explicaré todo por el camino, chica. Recoge tus cosas, salimos en una hora.



En el taxi camino a Spellfheim, reinaba el silencio, y Ela no paraba de preguntarse cómo era posible que existiera una institución mágica. No había leído ni estudiado en aquellos seis meses nada relacionado con escuelas de magia. ¿Sería Spellfheim la única o habría más? Pero, además de todas las preguntas y preocupaciones que rondaban por su cabeza, también había emoción: era su primera misión. Por fin confiaban en ella como guardiana de la sabiduría, y estaba decidida a mostrar su valía.

—Bueno, chica —dijo Gruñonus interrumpiendo sus pensamientos—, ¿piensas preguntarme ya o vas a estar callada todo el viaje?

—*¿Qué es exactamente Spellfheim?*

—Se trata de un instituto mágico, y no es el único, cada país tiene uno. En él estudian niños mágicos.

—¿Y cómo son esos... niños? —preguntó utilizando la misma expresión despectiva que había utilizado Gruñonus.

—Verás, chica, y más te vale aprenderlo a la primera porque no voy a explicártelo dos veces, no he dormido bien esta noche —refunfuñó—. Existen cuatro tipos de criaturas mágicas o como quieras llamarlas. Por un lado, están las sirenas, pero no te creas que son como la sirenita Ariel. —Ela sonrió, preguntándose si a

Gruñonus le gustaban las películas de Disney—. Cuando salen del agua, su cola se convierte en dos piernas y pueden hacerse pasar por cualquier humano normal. No te fíes de ellas, pueden arrastrarte al fondo del océano en segundos.

Al ver la expresión de terror de Ela, Gruñonus se echó a reír:

—No te asustes, chica, lo más hondo que habrá en ese instituto será una fuente. Aunque pueden controlar el agua, así que no sé yo...

Ela tragó saliva:

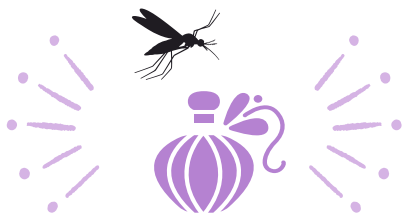
—Bueno, *¿y qué más hay?*

—Vamos a ver... —Gruñonus se acarició la barba pensativo—. ¡Ah! También están los monstruos. —Ela se imaginó sus peores pesadillas—. Son cambia-formas, la mayoría del tiempo parecen humanos, pero pueden convertirse en animales.

—¿En cualquier animal?

—Solo pueden convertirse en un animal, algunos se convierten en lobos, otros en ardillas, incluso algunos en murciélagos o ranas, nunca se sabe.

—*¿Quieres decir que si hay un mosquito en mi baño podría ser uno de esos monstruos? ¡Gruñonus!* —Ela se alarmó y agarró a Gruñonus del traje—. ¿Y si mato a un mosquito y resulta ser un alumno?



—*Tranquilízate*, chica, he dicho animales, animales —repetió—, no insectos asquerosos.

Ela respiró aliviada.

—Por otro lado, están los duendes —continuó Gruñonus—. Oh, chica, esas son criaturas verdaderamente extrañas. Vienen de su propio mundo, de Fairyland o algo así lo llaman, yo qué sé, no hablo inglés. Son muy parecidos a los humanos, pero más guapos, más altos y con las orejas puntiagudas. Esos seres son capaces de moldear la naturaleza a su antojo, pueden hacer lo que quieran con ella, crear árboles de la nada, llenar un edificio de enredaderas de pinchos o hacer que las flores florezcan en invierno. Yo tuve un amigo duende, no hacía más que hablar de su tierra y de cómo volaban a lomos de insectos gigantes. Era un pesado, la verdad, pero buen amigo —dijo con una nostalgia que sorprendió a Ela, pues no pensaba que Gruñonus hubiera tenido un amigo jamás.

—*Gruñonus*, es imposible que pueda hacerme pasar por cualquiera de esas criaturas...

—Es que no lo harás, chica, a ti te pondrán en el grupo de las brujas, son humanas como nosotros, pero pueden hacer magia y hechizos.

—Pero yo no puedo hacer nada de eso, me descubrirán.



Gruñonus la observó detenidamente, como si buscara algo en ella.

—**No te preocupes**—dijo al fin—. Hay pequeños hechizos que hasta los humanos pueden hacer si pronuncian las palabras concretas, así pasarás desapercibida.

El resto del viaje continuaron en silencio. Ela tenía mil preguntas en la cabeza, aún no creía que todo lo que le había contado Gruñonus fuera verdad. Sabía que la magia existía, había visto a Evil Ela hacerla y llevaba meses estudiando el libro encantado y todos aquellos objetos mágicos, pero nunca se le ocurrió que existieran otras criaturas, y mucho menos otros mundos.

Un par de horas después, el taxi se detuvo frente a una enorme verja de hierro en la que podía verse tallado en letras enormes el nombre de Spellfheim.

